

ALICE TISDALE HOBART
**ESTA
TIERRA
ES MIA**



A finales del siglo XIX, llegaba a California, desde Francia, Jean Philippe, un hombre dotado de una voluntad de hierro. Su sangre, sus sudores y su virilidad estaban simbolizados en los vastos viñedos de los valles de California, y se renovaban en sus descendientes.

Esta tierra es mía es la historia de estos descendientes, particularmente de John y Elizabeth —los personajes encarnados por Rock Hudson y Jean Simmons en la versión cinematográfica de esta novela—, dos naturalezas idénticas, destinadas a chocar una y otra vez, en una extraña mezcla de odio y amor.

A FLORENCE AYSCOUGH MACNAIR

*No hay tijeras que acierten a cortarlo:
siempre a juntarse vuelve y a aferrarse.
Es el dolor de la separación,
que sabe al corazón como ninguno.*

TABLILLAS DE FLORES DE ABETO

(Traducido del chino al inglés por
Florence Ayscough y Amy Lowell).

CAPÍTULO PRIMERO

Jean Philippe Rambeau miró en torno suyo con satisfacción no disimulada. La vieja casa había sido convertida en sala de estar. A través de las puertas, podía ver incluso los nuevos edificios del comedor y la biblioteca y el corredor pavimentado de madera que conducía a sus habitaciones. Se recreó en la contemplación del lujoso ambiente que lo rodeaba. Aunque la sala estaba casi a oscuras, defendida contra el ardiente sol californiano, su riqueza era evidente. Cerrando los ojos, Rambeau se representaba sus viñedos en el valle de Napa, en las soleadas laderas, y con mayor complacencia todavía, los que hubiera podido ver nada más que con salir de su casa, los magníficos viñedos que rodeaban, hasta perderse en el horizonte, su finca del valle de San Joaquín.

Hombres de una veintena de países habían ido, como él, a recalar en aquellos valles bien abrigados entre la sierra y la cadena costera, plantando sus tiendas en aquella tierra mineralizada, tan valiosa como oro, donde crecían las vides. Habían llevado consigo todas las clases de vino que se encontraban en Europa e incluso en Asia Menor, Persia o Egipto. Rambeau recordaba la música de sus nombres: Saunon blanco, Muscat de Alejandría, Riesling, Gutedel...

Cerró otra vez los ojos y prestó atención al viento, que se dejaba caer, como en oleadas sucesivas, sobre la casa, los árboles y las viñas, como el agua del mar sobre la playa. Durante cincuenta otoños había escuchado aquel mismo rumor. Parecía concentrarse especialmente en el viejo roble situado frente a la casa.

Había buscado la sombra del roble cuando los operarios habían comenzado a construir la casa. Había observado desde allí su trabajo. Era tiempo de vendimia, como lo era ahora, pero esta vez tenía algo aún más importante en que ocuparse.

Dejó de pensar en todas aquellas cosas. Iba a llegar su nieta y se acercaba la hora. Miró el reloj. Faltaba una hora para el tren. Imaginó cómo sería su nieta. Una Rambeau forzosamente debía tener un aspecto digno. Sabía que tenía los ojos azules, herencia de su madre inglesa. Sintió renacer algo del antiguo disgusto por la elección de Lon, su hijo, que había preferido marchar a Londres y ganarse allí la vida como arquitecto, que quedarse en el Valle y participar en el negocio familiar. Philippe Rambeau era católico y para él el vino era algo más que un simple negocio. Era el símbolo de comunión con Dios. Comunión con los hombres, además, ya que a pesar de su devoción hacía América, había seguido siendo francés de corazón, orgullosamente francés. ¿Y cuándo se había oído decir que un caballero europeo comiera o cenara sin vino? ¿Cuándo?

El agudo «staccato» de unos pasos rápidos resonó en la terraza, y oyó la voz de su hija Martha, que hablaba al chófer chino.

—Has de ir a la bodega, David. Encontrarás allí a Mr. Fairon. Debes llevarle a Fresno con tiempo para alcanzar el tren del mediodía. Dile a Mr. Fairon que no sobra tiempo ni mucho menos. Si miss Elizabeth trae demasiado equipaje para que podáis cargarlo en el coche, preocúpate de que lo manden de un modo u otro.

Así, pues, Martha no iba a ir a recibir a la hija de Lon, sino que enviaba a Francis, su marido. Quizá fuera lo mejor, pensó Philippe. Francis era un hombre prudente y agradable y sabría tratar a la muchacha del modo más adecuado. Una joven de dieciocho años ha de sentirse forzosamente un poco cohibida al encontrarse por primera vez con la familia de su padre.

Philippe decidió aprovechar el tiempo echando una ligera siesta, y no prestó mucha atención a Martha cuando entró en la sala y abrió las ventanas dejando que penetrara el sol del atardecer.

Desde el asiento trasero del coche, Elizabeth Rambeau divisó por vez primera el valle de San Joaquín Sentada en el centro del asiento, veía el panorama que se iba abriendo ante ella, por entre las cabezas de su tío Francis, marido de Martha, y David, el chófer chino. La carretera, ancha y bien cuidada, atravesaba el país en línea recta, sin curvas. A lo lejos, todo parecía oscuro, pero a medida que avanzaba el coche por la carretera, desaparecía y se alejaba la ilusión. No había caminos secundarios, ocultos entre los árboles, como en Inglaterra, ni laderas cubiertas de bosque, suavizando el esplendor de la luz solar. Pasaron una línea de eucaliptos plantados casi en formación militar, a lo largo de la carretera. El valle aparecía a los ojos de Elizabeth brillante bajo el sol, entre las cadenas de montañas, sembrado de vides, interrumpido de vez en cuando por las verdes manchas de las huertas. Los árboles y las vides plantados simétricamente producían zonas de sombra igualmente rígidas y simétricas. La brutal luminosidad de la atmósfera le hacía daño en los ojos, y el cálido aire la aturdía. Pensó que era aquel un país extraño.

Francis Fairon le resultaba tan poco familiar como la tierra misma. Era un hombre de media edad y le parecía un típico americano. Quizá excesivamente cuidadoso de sí mismo, comparado con el estudiado descuido con que vestían los hombres que ella había conocido hasta entonces y comparado con William Humphrey, a quien ella admiraba por su elegante simplicidad y sencillez, saltaba a la vista que se había arreglado especialmente para ir a recibirla a la estación.

La fina calidad del indumento de Fairon, un traje ligero de verano y un sombrero Panamá confeccionado a mano, daban fe de su riqueza, igual que el coche y el chófer uniformado. Pero a Elizabeth le resultaba evidente que aquella riqueza era lo único que distinguía a aquel hombre. Este severo juicio hizo que se sintiera un poco incómoda y molesta y que se endureciera por dentro. En cierta forma, deseaba no ablandarse, no ceder y seguir siendo ella misma.

«Ciertamente, esto no empieza demasiado bien», se dijo.

Se dio cuenta de que Francis Fairon, que en la primera parte del viaje se había vuelto hacia ella varias veces para hablarle, ya no lo hacía. Ella había aceptado su hospitalidad y se iba a vivir a su casa. No podía comenzar mal, de todos modos. Tal vez había sido una locura aceptar tan fácilmente ir a vivir entre extranjeros, entre desconocidos. Lon había parecido estar seguro de que su verdadero hogar debía ser el de los Rambeau. ¿Qué tenía ella que ver con ellos, o qué tenían que ver ellos con ella? Ella había sido educada al estilo de su madre, en el país de su madre y en la fe de su madre. Se sentía insegura, tan insegura como en algunas ocasiones, muchos años atrás, cuando aún era una chiquilla. Notó que perdía casi todo el valor que le quedaba.

California, el país feliz en que había soñado a veces, le resultaba extraño y le producía malestar. Había comenzado a sentirse sola tan pronto como había divisado las costas americanas y esta desagradable sensación había ido aumentando a medida que se adentraba en ellas. Era un país extraño, de praderas desmesuradas, enormes, sin un árbol, desiertos igualmente enormes y montañas monstruosas que le alejaban a cada momento un poco más de su viejo país.

Su país era Inglaterra. Allí tenía a su padre y a William Humphrey. Tenía infinidad de lugares en los cuales había visto y había hablado con William, lugares en los cuales había sido feliz. Se dibujaron claras señales de frustración y

melancolía en su boca de amable trazo. Sin poderlo evitar, le resbalaban unas lágrimas por las mejillas y no se atrevió a moverse para secárselas, temerosa de que Francis Fairon se diera cuenta de que estaba llorando.

Sin embargo, algo le cayó silenciosamente en el regazo. Francis Fairon se había dado cuenta. Hundió la cara en el gran pañuelo de su tío, llena de ira y confusión.

—Ésta es ya nuestra carretera. También la tierra es nuestra —oyó que él le decía.

El coche había torcido por una larga carretera bordeada por eucaliptos y avanzaba con la misma suavidad que por la anterior carretera asfaltada. La luz del sol formaba caprichosas sombras, y las ramas destacaban fuertemente contra el brillante cielo. Algunas palmeras se erguían a los lados de la carretera compitiendo victoriosamente con los eucaliptos en una carrera para escalar el cielo. Toda clase de árboles iban apareciendo a medida que el coche avanzaba, y, sobre la cinta de la carretera, el sol, filtrado por las ramas de los eucaliptos, dibujaba desconcertantes jeroglíficos.

Francis Fairon se volvió y le sonrió. Elizabeth comenzó a pensar que se había precipitado injustamente en sus juicios acerca de su tío. Se daba cuenta de que era un hombre realmente agradable.

—Las viñas Rambeau-Fairon —le explicó— se extienden una milla al otro lado de la carretera.

—No me explico de qué les sirven ahora las viñas —dijo Elizabeth agarrándose a la primera idea que le vino a la cabeza—. ¿No hay prohibición?

—Sí —repuso Fairon—. Pero esta es una historia muy complicada. Hay la prohibición y no pueden beberse públicamente bebidas alcohólicas, pero, en fin, te sugiero que no hables de esto delante de tu abuelo. Tu tía Martha cree que es mejor.

Elizabeth pensó que era chocante no poder hablar de algo tan patente para todos y tan conocido por todo el mundo, pero se prometió tenerlo en cuenta. Debía hacer

todo lo posible para que los Rambeau la aceptaran y la miraran sin hostilidad.

—Para ahí David —le dijo Francis Fairon al chófer cuando la carretera comenzó a rodear un ancho prado circular.

Sin embargo, cuando el coche se detuvo, no hizo ademán de moverse todavía. Elizabeth sintió aumentar su simpatía hacia su tío, ya que se dio cuenta de que se proponía, con aquella pausa, darle algún tiempo para hacerse cargo del ambiente. Reconfortada por aquella muestra de delicadeza, miró en torno suyo con mayor optimismo, y ante sus ojos apareció la casa, blanca y de escasa altura, extendida armoniosamente en el centro del cuidadísimo prado.

Elizabeth no había visto nada parecido a aquello durante el viaje en coche desde la estación. Aunque aquella casa pertenecía al tipo corriente en la comarca, fundado en una serie de alas perpendiculares, de poca altura, tal como podía verse pasando en tren en infinidad de lugares, se echaba de ver que fuera de la disposición general, nada tenía de común con las sencillas y modestas casas de adobe que Elizabeth había visto durante el viaje. Una serie de alas habían sido añadidas al cuerpo principal, y el conjunto adquiría una considerable extensión. Aunque grupos de árboles estratégicamente situados producían momentáneamente la impresión de que se trataba de casas aisladas, la cadena ininterrumpida de tejas que formaba por encima de todo el conjunto una línea oscura, desmentía esta impresión. La longitud realmente considerable de la casa resultaba más acentuada por su notable falta de altura, que señalaba, sin lugar a dudas, un gigantesco roble que extendía sus ramas muy por encima de los techos. Una barra de hierro debía soportar las dos ramas centrales del árbol cuyo viejísimo tronco había sido reforzado con cemento. Tanto el árbol como la casa revelaban elocuentemente el cuidado de sus dueños.

Las viñas llegaban hasta el mismo borde del prado cercando la casa por completo. Los ordenados ejércitos de vi-

des trepando por las laderas de las colinas produjeron a Elizabeth una sensación de belleza y de fuerza. La vid era la base de la riqueza de aquella casa y, por tanto, la vid era omnipresente.

—¿Lista? —preguntó Francis Fairon.

—Sí.

Fairon se inclinó hacia delante e hizo sonar la bocina del coche. Instantáneamente se abrió la puerta de la casa.

Elizabeth reconoció a la mujer que se adelantó hacia ella. La conocía por fotografía. Le eran familiares sus rasgos correctos, sus grandes ojos negros y su cabello recogido en lo alto de la cabeza. No obstante Elizabeth se imaginaba a aquella mujer mucho más alta. Aunque su padre no le había dicho nunca que tía Martha fuera alta, ella había siempre relacionado sus facciones con una mayor estatura. En cambio, la mujer que tenía delante de ella era muy baja, casi compacta.

Dirigiendo una rápida mirada a Francis Fairon, echó de ver que un imperceptible cambio se había operado en él. Desgraciadamente, no tenía tiempo para analizarlo, pero se puso en guardia. Comprendió que la situación exigía cierta habilidad por su parte y caminó sonriente hacia su tía.

Martha Fairon la miró sin hablar, pero un momento antes de que Elizabeth llegara junto a ella tomó la iniciativa. Se acercó a la muchacha, la cogió por los hombros y la besó. Durante el segundo que tuvo sobre su mejilla los labios de su tía, Elizabeth percibió de modo innegable una poderosa e indescriptible fuerza encaminada a tenerla bajo su control.

—Ven. Tu abuelo te espera —dijo tía Martha.

Cogió a la muchacha de la mano y la condujo a la gran sala. En un extremo, cerca de una ventana estaba el abuelo. Era un hombre de cabello blanco, y el sol que penetraba a través de los intersticios de la persiana, brillaba en fajas horizontales sobre su cara animada. Así, pues, aquel era Jean Philippe Rambeau. Elizabeth sabía que su abuelo era

muy viejo, pero le pareció que lo era tan sólo un poco más que su padre. La carne rosada de sus mejillas parecía tener casi la firmeza de la juventud.

Le tendió la mano y le ofreció la mejilla para que se la besara. En aquel momento Elizabeth se dio cuenta de que realmente el abuelo era viejo, mucho más viejo de lo que aparentaba. Bajo sus labios notó floja y seca la rosada piel del anciano.

—Siéntate, muchacha —dijo el abuelo—, y háblame de ti y de tu padre.

En su expresión y en el tono de su voz había una manifiesta cordialidad, que animaba a hablar. Elizabeth vio entonces cuál era el origen del atractivo y del encanto de su padre, aunque también observó en su abuelo cierta cualidad que su padre no poseía y que podía relacionarse mejor con lo que brevemente había creído descubrir en el carácter de tía Martha.

—Papá te manda su cariño y te recuerda mucho.

Impetuosamente añadió:

—Y también traigo un recuerdo para ti.

Estaba a punto de sentarse al lado del abuelo, cuando tía Martha dijo:

—Debes de estar cansada, y te irá bien refrescarte antes de cenar. Te enseñaré tu cuarto.

Elizabeth miró a su alrededor sin estar demasiado segura de lo que debía hacer, sintiéndose ligeramente molesta, ya que adivinaba una lucha sorda entre su tía y su abuelo.

El abuelo superó la situación diciendo:

—Así que Lon me manda un regalo, ¿eh?

La muchacha se sentó a su lado, y sintió que el abuelo no era para ella un extraño, sino uno de los suyos.

—Voy a enseñártelo.

—Bravo.

—Está en una de las maletas. Lon lo preparó para que no se estropeará por el camino.

Se levantó y cruzó la sala hasta llegar al otro extremo, donde su equipaje estaba apilado a los pies de un anciano chino.

—Un momento —dijo su abuelo—. Primero has de conocer a Chu... Chu, ésta es miss Elizabeth, Ya te he hablado de ella. Elizabeth, éste es Chu Rambeau. Tu padre te habrá hablado de él, sin duda alguna.

Su padre no le había hablado de él. Le había contado muy pocas cosas de su antigua casa. Chu Rambeau, sin duda un viejo criado, pero ¿por qué se llamaba Rambeau? Fuese quien fuese, la muchacha se dio cuenta de que el chino se consideraba a sí mismo una pieza muy importante de la casa.

Se inclinó y dijo gravemente:

—Señorita, muy bonita.

—Gracias —repuso Elizabeth, sin saber exactamente qué decir.

—El baúl pequeño, Chu —dijo el abuelo.

—Y lleva a la habitación de Miss Elizabeth el resto del equipaje —añadió tía Martha, precediendo al chino por un largo corredor.

Elizabeth se sintió mucho mejor sin la vigilancia de su tía. Revolvió en su repleto baúl hasta dar con el paquete que buscaba. Se daba cuenta de la ansiedad infantil del abuelo, y sonrió al oír como hacía crujir los nudillos, con las manos metidas en los bolsillos. Luego hacía tintinear unas monedas. Su padre le había dicho que Jean Philippe Rambeau tan sólo concedía crédito a las monedas de oro, e insistía en que eran las únicas monedas dignas de un caballero californiano. Cuando se sentía feliz, dejaba caer una moneda sobre otra.

El abuelo estaba pensando que la muchacha era una Rambeau en todo, excepto en los ojos. La miró con satisfacción. Ella se había puesto de pie y se dirigía hacia él. Era bonita y graciosa y sabía que lo era, pero no se le había subido a la cabeza.

—Aquí lo tienes, abuelo. Lon lo compró en Francia, expresamente para tu colección.

Philippe Rambeau sacó cuidadosamente una copa magnífica del envoltorio de algodón que la protegía. Sus dedos se posaron delicadamente sobre el cristal. Dio unas vueltas a la copa para verla bajo distinta luz y apreciar sus detalles. Elizabeth distinguió en sus dedos las señales del duro trabajo realizado en otros tiempos, cuando personalmente debía cuidar de los viñedos.

—¡Estupenda! —dijo al fin—. Es una pieza magnífica.

Entornó los párpados y le pareció verla ya en un lugar adecuado, entre las demás de su colección, en las cuevas de piedra situadas bajo la gran nave donde se almacenaba y se trabajaba el vino. Allí se alineaban las copas en que habían bebido reyes y campesinos, viejas copas francesas, alemanas, egipcias o griegas, demasiado valiosas para seguir bebiendo vino en ellas.

Les sorprendió la voz de tía Martha:

—¿Qué es esto? Ya veo, otra copa. A Lon le debe haber costado un dineral. Vamos, Elizabeth. Debes descansar un poco antes de cenar.

CAPÍTULO II

A primera hora de la tarde del día siguiente, Elizabeth descansaba en un cómodo sillón extensible, en la gran sala de estar. Tía Martha le había facilitado un montón de libros y revistas y le había dicho que se pusiera cómoda, con un tono que aproximadamente sugería que debía preocuparse de sí misma y en lo sucesivo no esperar que estuvieran todos pendientes de ella. Durante un buen rato, su tía estuvo entrando y saliendo, dedicada a los más diversos menesteres. Trajinó con una bandeja llena de vasos de vino que debían limpiarse, con un plato de frutas, arregló unas flores, llamó a Chu y le ordenó detalladamente lo que debía disponer para la cena.

El criado se situó junto a la mesa que tenía tía Martha en un rincón de la sala, de modo que podía ver todo lo que pasaba fuera, a través de la ventana. Mientras tía Martha iba hablando, sin perder de vista el interesantísimo espectáculo del exterior, iba asintiendo con gruñidos a lo que ella decía.

—Esto lo hace siempre —le explicó tía Martha a Elizabeth cuando el chino se hubo marchado—. Considera que es el mejor modo de mantener su dignidad. Su familia lleva en América los mismos años que la nuestra, y trata de recordarnos esto constantemente. Nunca deja de demostrar que nos considera como iguales suyos.

—¿Y tú qué crees, tía?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Acaso la Constitución no dice que realmente Chu es igual que nosotros?

Elizabeth se sintió ligeramente confundida, ya que recordaba que la tarde anterior tía Martha se había dirigido a David, el hijo de Chu, con un tono de neta superioridad. Le hubiera gustado saber algo más acerca de Chu, pero su tía no parecía, por el momento, dispuesta a proporcionarle más amplia información.

Finalmente todo pareció salir a gusto de tía Martha, y entonces abandonó su actividad y su mesa y se sentó al lado de Elizabeth. Su actitud, sin embargo, era la de una persona que sabe que de un momento a otro cualquier accidente imprevisto puede obligarle a salir a toda velocidad en dirección incierta.

—La familia estará aquí dentro de poco, querida —dijo a Elizabeth—. Los he tenido fuera durante veinticuatro horas, pero van a llegar en seguida. Y debes vestirte para entonces.

—Desde luego. ¿Cómo quieres que me vista, tía Martha?

Elizabeth sospechaba que su tía debía de tener ideas definidas sobre el particular. Era mejor no contrariarla.

—Lo mejor que tengas. Todos esperan que la hija de Lon valga realmente la pena. Los Rambeau esperan mucho de cada uno de los miembros de la familia.

Elizabeth pensó que su tía llevaba el nombre de Fairon por pura fórmula. «Era» una Rambeau, y al pronunciar aquel nombre se le notaba a la legua el orgullo con que lo hacía. No educada excesivamente en el arte de respetar incondicionalmente a sus mayores, Elizabeth preguntó con aire despectivo:

—¿Esperas, acaso, más de los Rambeau que de otra gente?

Viendo como se endurecía instantáneamente la expresión del rostro de su tía, agregó con humildad:

—De todos modos, ya ves que no sé acerca de los Rambeau ni la mitad de lo que me gustaría saber.